

Diarrea de palabras, estreñimiento de ideas

Alfredo Acle Tomasini©

Todo proceso electoral es la síntesis de dos tiempos: un pasado que se evalúa y un futuro que se anhela. Pero ello no se limita sólo a los partidos y candidatos que contienden, sino que abarca al sistema político como un todo, en cuanto a su efectividad para ser el vehículo a través del cual, la sociedad busca la solución a sus necesidades y la representación de sus ideales. De ahí, que los resultados del próximo domingo, nos dirán mucho más que los nombres de los ganadores.

Destaca en ese sentido, el hecho de que estas elecciones federales serán las primeras que se lleven a cabo bajo un gobierno distinto al PRI, lo que, por un lado, hace presumir que los vicios del viejo sistema habrán de quedarse en el museo y, por el otro, que tendrá una suerte de evaluación, de los tres primeros años de la administración en turno y del partido que la llevó al poder.

Pero más allá de las conclusiones que se extraigan de los resultados probables, el hecho es que hasta ahora, las encuestas indican que la mayoría de los electores se abstendrá de acudir a votar. Curiosamente, cuando este fenómeno ocurría en el pasado, la explicación que se daba, casi de una manera mecánica, era que la gente no acudía a votar, porque de antemano sabían quién iba a ser el ganador. Pero ahora, cuando eso ya no es posible conocerlo con antelación: ¿Cuáles son las razones que alejan al elector potencial de las urnas?

Interpretar el abstencionismo es más complicado que analizar las tendencias electorales, porque se trata de un silencio masivo cuyos orígenes pueden ser muy diversos. Las explicaciones podrían oscilar desde simple ignorancia, hasta una manera deliberada de manifestar rechazo. No obstante, si se comprueba en la práctica que el abstencionismo es mayor al cincuenta por ciento, este resultado, aun tratándose de elecciones de medio período, habrá significado con respecto a Julio del 2000, un marcado retroceso.

El predominio de un partido político por un largo período, inhibió el desarrollo de una cultura política. Esto no sólo abarcó al electorado sino también a los partidos, al Congreso y a los medios. Desde esa perspectiva, una buena parte del capital político de la actual administración federal, se depositó en una idea tan seductora como abstracta: el cambio. Así, esta palabra, que en estricto significa el tránsito de una situación a otra, se convirtió en una especie de punto de destino que, por indefinido, se pudo ajustar a lo que cada quien quiso entender por “el cambio”.

Por ello, en ese ingenuo despertar democrático, muchos pensaron que su percepción del cambio- por indefinida que ésta fuera- se lograría al cambiar de partido en el poder, sin meditar que en la realidad, y aun con la manifiesta intención de hacerlo, las cosas son mucho más complejas de modificar de lo que parecen.

La función de la mercadotecnia es la de crear imágenes y percepciones, pero inevitablemente, estos efectos terminan cuando el producto o el servicio llega a las manos del consumidor. Así ocurre en la práctica comercial y, así sucede en la política. De ahí que el capital político no sólo sea tan volátil como el financiero, sino que a diferencia de éste, se pueda convertir con inusitada rapidez, de un activo en un pasivo; las promesas de campaña pasan a ser reclamos y, las expectativas, terminan siendo desilusiones.

Sin duda el PAN habrá de resentir tres años de estancamiento económico, pero ésta es apenas la punta del iceberg de la desilusión, porque inevitablemente la pregunta que cada elector se hace, es si la democracia lo ha hecho que viva mejor. Pregunta cuya respuesta previsible hace suponer, que muchos se abstendrán de participar en un proceso, al que consideran inocuo para su bienestar, sino es que negativo, en la medida que trasciende en la ciudadanía, lo que ella aporta para la manutención del congreso, las instituciones electorales y los partidos: los de siempre y los temporales.

Nuestro sistema político es hoy más transparente, pero también ha crecido en complejidad. Y esto no ha sido para el bien social sino para beneficio de los propios partidos. No necesariamente más representantes populares, ni más partidos, ni más instituciones, ni más elecciones, nos hacen más democráticos, ni tampoco mejora la calidad del debate nacional, y si a veces lo sume en la mediocridad y la improvisación, donde prevalece, como en esta campaña electoral, la diarrea de palabras y el estreñimiento de ideas.